

En la calle de Toledo volvieron á sonar los cansados pianitos, y también allí se engarfiaron las dos piezas, una tonadilla de la *Mascota* y la sinfonia de *Semíramis*. Estuvieron batiéndose con ferocidad, á distancia como de treinta pasos, tirándose de los pelos, dándose dentelladas y cayendo juntas en la mezcla inarmónica de sus propios sonidos. Al fin venció *Semíramis*, que resonaba orgullosa marcando sus nobles acentos, mientras se extinguían las notas de su rival, gimiendo cada vez más lejos, confundidas con el tumulto de la calle.

Erales difícil á las tres mujeres andar aprisa, por la mucha gente que venía calle abajo, caminando presurosa con la querencia del hogar próximo. Los obreros llevaban el saquito con el jornal; las mujeres algún comestible recién comprado; los chicos, con sus bufandas enroscadas en el cuello, cargaban rabeles, nacimientos de una tosquedad prehistórica ó tambores que ya iban bien baqueteados antes de llegar á la casa. Las niñas iban en grupos de dos ó de tres, envuelta la cabeza en toquillas, charlando cada una por siete. Cuál llevaba una botella de vino, cuál el jarrito con leche de almendra; otras salían de las tiendas de comestibles dando brincos ó se paraban á ver los puestos de panderetas, dándoles con disimulo un par de golpecitos para que sonaran. En los puestos de pescado los maragatos limpiaban los besugos, arrojando las es-

camas sobre los transeuntes, mientras un ganapán, vestido con los calzonazos negros y el mandil verde rayado, berreaba fuera de la puerta: «¡Al vivo de hoy, al vivito!...» Enorme farolón con los cristales muy limpios alumbraba las pilas de lenguados, sardinas y pajeles, y las canastas de almejas. En las carnicerías sonaban los machetazos con sorda trepidación, y los platillos de las pesas, subiendo y bajando sin cesar, hacían contra el mármol del mostrador los ruidos más extraños, notas de misteriosa alegría. En aquellos barrios algunos tenderos hacen gala de poseer, además de géneros exquisitos, una imaginación exuberante, y para detener al que pasa y llamar compradores, se valen de recursos teatrales y fantásticos. Por eso vió Jacinta de puertas afuera pirámides de barriles de aceitunas que llegaban hasta el primer piso, altares hechos con cajas de mazapán, trofeos de pasas y arcos triunfales festoneados con escobones de dátiles. Por arriba y por abajo banderas españolas con poéticas inscripciones, que decían: *el Diluvio en mazapán, ó Turrón del Paraíso terrenal...* Más allá *Mantecadas de Astorga bendecidas por Su Santidad Pío IX*. En la misma puerta uno ó dos horteras vestidos ridículamente de frac, con chistera abollada, las manos sucias y la cara tiznada, gritaban desafortadamente ponderando el género y dándolo á probar á todo el que pasaba. Un vendedor ambulante de turrón

había discurrido un rótulo peregrino, para anotar á sus competidores los orgullosos tenderos de establecimiento. ¿Qué pondría? Porque decir que el género era muy bueno no significaba nada. Mi hombre había clavado en el más gordo bloque de aquel almendrado una banderita que decía: *Turrón higiénico*. Conque ya lo veía el público... El otro turrón sería todo lo sabroso y dulce que quisieran; mas no era *higiénico*.

—*Quelo un pez...*—gruñó el *Pituso* frotándose con mal humor los ojos.

—Mira—le decía Rafaela,—tu mamá te va á comprar un pez de dulce.

—*Pae Pepe...*—repitió el chico llorando.

—¿Quieres una pandereta... sí; una pandereta grande, que suene mucho?

Las tres hacían esfuerzos para acallarle, ofreciéndole cuanto había que ofrecer. Después de comprada la pandereta, el chico dijo que quería una naranja. Le compraron también naranjas. La noche avanzaba, y el tránsito se hacía difícil por la acera estrecha, resbaladiza y húmeda, tropezando á cada instante con la gente que la invadía.

—Verás, verás, ¡qué nacimiento tan bonito!—le decía Jacinta para calmarle.—¡Y qué niños tan guapos! Y un pez grande, tremendo, todo de mazapán, para que te lo comas entero.

—¡Gande, gande!

A ratos se tranquilizaba, pero de repente le entraba el berrinche y se ponía á dar patadas en el aire. Rafaela, que era mujer de poquísimas fuerzas, ya no podía más. Guillermina se le quitó de los brazos, diciendo:

—Dámele acá... no puedes ya con tu alma... Ea, caballero; á callar se ha dicho...

El *Pituso* le dió un porrazo en la cabeza.

—Mira que te estrello... Verás la azotaina que te vas á llevar... ¡Y qué gordo está el turrón, parece mentira!...

—*Quelo un batón...* ¡hostia!

—¿Un bastón?... también te lo compraremos, hijo, si te estás calladito... A ver dónde encontraremos bastones ahora.

—Buena falta le hace—dijo Guillermina,—y de los de acebuche, que escuecen bien, para enseñarle á no ser mañoso.

De esta manera llegaron á los portales y á la casa de Villuendas, ya cerrada la noche. Entraron por la tienda, y en la trastienda Jacinta se dejó caer fatigadísima sobre un saco lleno de monedas de cinco duros. Al *Pituso* le depositó Guillermina sobre un voluminoso fardo que contenía... ¡mil onzas!

IV

Los dependientes, que estaban haciendo el recuento y balance, metían en las arcas de hierro los cartuchos de oro y los paquetes de billetes de Banco, sujetos con un elástico. Otro contaba sobre una mesa pesetas gastadas, y las cogía después con una pala como si fueran lentejas. Manejaban el *género* con absoluta indiferencia, cual si los sacos de monedas lo fueran de patatas, y las resmas de billetes papel de estraza. A Jacinta le daba miedo ver aquello, y entraba siempre allí con cierto respeto parecido al que le inspiraba la iglesia, pues el temor de llevarse algún billete de cuatro mil reales pegado á la ropa, la ponía nerviosa.

Ramón Villuendas no estaba; pero Benigna bajó al momento, y lo primero que hizo fué observar atentamente la cara sucia de aquel aguinardo que su hermana le traía.

—Qué, ¿no le encuentras parecido?—dijole Jacinta algo picada.

—La verdad, hija... no sé qué te diga...

—Es el vivo retrato—afirmó la otra, queriendo cerrar la puerta, con una opinión absoluta, á todas las dudas que pudieran surgir.

—Podrá ser...

Guillermina se despidió rogando á los depen-

dientes que le cambiaran por billetes tres monedas de oro que llevaba. «Pero me habéis de dar premio—les dijo.—Tres reales por ciento. Si no, me voy á la Lonja del Almidón, donde tienen más caridad que vosotros.»

En esto entró el amo de la casa, y tomando las monedas, las miró sonriendo.

—Son falsas... tienen hoja.

—Usted sí que tiene hoja—replicó la santa con gracia, y los demás también se reían.—Una peseta de premio por cada una.

—¡Cómo va subiendolo!... Usted nos tira al degitello.

—Lo que merecéis, publicanos.

Villuendas tomó de un cercano montón dos duros y los añadió á los billetes del cambio.

—Vaya... para que no diga...

—Gracias... Ya sabía yo que usted...

—A ver, doña Guillermina, espere un ratito—añadió Ramón.—¿Es cierto lo que me han contado? Que usted, cuando no cae bastante dinero en la suscripción para la obra, le cuelga á San José un ladrillo del pescuezo para que busque cuartos.

—El señor San José no necesita que le colguemos nada, pues hace siempre lo que nos conviene... Conque buenas noches; ahí les queda ese caballero. Lo primero que deben hacer es ponerle de remojo para que se le ablande la mugre.

Ramón miró al *Pituso*. Su semblante no expresaba tampoco una convicción muy profunda respecto al parecido. Sonreía Benigna, y si no hubiera sido por consideración á su querida hermana, habría dicho del *Pituso* lo que de las monedas que no sonaban bien: *Es falso*, ó por lo menos, *tiene hoja*.

—Lo primero es que le lavemos.

—No se va á dejar—indicó Jacinta.—Este no ha visto nunca el agua. Vamos arriba.

Subieronle, y que quieras que no, le despojaron de los pingajos que vestía y trajeron un gran barreño de agua. Jacinta mojaba sus dedos en ella diciendo con temor: «¿estará muy fría? ¿estará muy caliente? ¡Pobre ángel, qué mal rato va á pasar!» Benigna no se andaba en tantos reparos, y ¡pataplúm! le zambulló dentro, sujetándole brazos y piernas. ¡Cristo! Los chillidos del *Pituso* se oían desde la Plaza Mayor. Enjabonáronle y restregáronle sin miramiento alguno, haciendo tanto caso de sus berridos como si fueran expresiones de alegría. Sólo Jacinta, más piadosa, agitaba el agua queriendo hacerle creer que aquello era muy divertido. Sacado al fin de aquel suplicio y bien envuelto en una sábana de baño, Jacinta le estrechó contra su seno diciéndole que ahora sí que estaba guapo. El calorcillo calmaba la irritación de sus chillidos, cambiándolos en sollozos, y la reacción, junto con la limpieza, le ani-

mó la cara tiñéndosela de ese rosicler puro y celestial que tiene la infancia al salir del agua. Le frotaban para secarle, y sus brazos torneados, su fina tez y hermosísimo cuerpo producían á cada instante exclamaciones de admiración: «¡Es un niño Jesús... es una divinidad este muñeco!»

Después empezaron á vestirle. Una le ponía las medias, otra le entraba una camisa finísima. Al sentir la molestia del vestir volvióle el mal humor, y trajéronle un espejo para que se mirara, á ver si el amor propio y la presunción acallaban su displicencia.

—Ahora á cenar... ¿Tienes ganita?

El *Pituso* abría una boca descomunal, y daba unos bostezos que eran la medida aproximada de su gana de comer.

—Ay, ¡qué ganitas tiene el niño! Verás... Vas á comer cosas ricas...

—¡Patata!—gritó con ardor famélico.

—¿Qué patatas, hombre? Mazapán, sopa de almendra...

—¡Patata, hostia!—repitió él pataleando.

—Bueno, patatitas; todo lo que tú quieras.

Ya estaba vestido. La buena ropa le caía tan bien, que parecía haberla usado toda su vida. No fué algazara la que armaron los niños de Villuendas cuando le vieron entrar en el cuarto donde tenían su nacimiento. Primero se sorprendieron en masa; después parecía que se ale-

graban; por fin determináronse los sentimientos de recelo y suspicacia. La familia menuda de aquella casa se componía de cinco cabezas, dos niñas grandecitas, hijas de la primera mujer de Ramón, y los tres hijos de Benigna, dos de los cuales eran varones.

Juanín se quedó pasmado y lelo delante del nacimiento. La primera manifestación que hizo de sus ideas acerca de la libertad humana y de la propiedad colectiva, consistió en meter mano á las velas de colores. Una de las niñas llevó tan á mal aquella falta de respeto, y dió unos chillidos tan fuertes, que por poco se arma allí la de San Quintín.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Benigna.—Vamos á tener un disgusto con este salvajito...

—Yo le compraré á él muchas velas—afirmó Jacinta.—¿Verdad, hijo, que tú quieres velas?

Lo que él quería principalmente era que le llenaran la barriga, porque volvió á dar aquellos bostezos que partían el alma. «A comer, á comer» dijo Benigna, convocando á toda la tropa menuda. Y los llevó por delante como un ható de pavos. La comida estaba dispuesta para los niños, porque los papás cenarían aquella noche en casa del tío Cayetano.

Jacinta se había olvidado de todo, hasta de marcharse á su casa, y no supo apreciar el tiempo mientras duró la operación de lavar y vestir al *Pituso*. Al caer en la cuenta de lo tarde

que era, púsose precipitadamente el manto, y se despidió del *Pituso*, á quien dió muchos besos. «¡Qué fuerte te da, hija!», le dijo su hermana sonriendo. Y razón tenía hasta cierto punto, porque á Jacinta le faltaba poco para echarse á llorar.

Y Barbarita, ¿qué había hecho en la mañana de aquel día 24? Veámoslo. Desde que entró en San Ginés, corrió hacia ella Estupiñá como perro de presa que embiste, y le dijo frotándose las manos: «Llegaron las ostras gallegas. ¡Buen susto me ha dado el salmón! Anoche no he dormido. Pero con seguridad le tenemos. Viene en el tren de hoy.»

Por más que el gran Rossini sostenga que aquel día oyó la misa con devoción, yo no lo creo. Es más: se puede asegurar que ni cuando el sacerdote alzaba en sus dedos al Dios sacramentado estuvo Plácido tan edificante como otras veces, ni los golpes de pecho que se dió retumbaban tanto como otros días en la caja del tórax. El pensamiento se le escapaba hacia la liviandad de las compras, y la misa le pareció larga, tan larga, que se hubiera atrevido á decir al cura, en confianza, que se *menease* más. Por fin salieron la señora y su amigo. El se esforzaba en dar á lo que era gusto las apariencias del cumplimiento de un deber penoso. Se afanaba por todo, exagerando las dificultades. «Se me figura—dijo con el mismo tono que

debe emplear Bismarck para decir al emperador Guillermo que desconfía de la Rusia,—que los pavos de la *escalerilla* no están todo lo bien cebados que debíamos suponer. Al salir hoy de casa les he tomado el peso uno por uno, y francamente, mi parecer es que se los compremos á González. Los capones de éste son muy ricos... También les tomé el peso. En fin, usted lo verá.»

Dos horas se llevaron en la calle de Cuchilleros, cogiendo y soltando animales, acosados por los vendedores, á quienes Plácido trataba á la baqueta. Echábaselas él de tener un pulso tan fino para apreciar el peso, que ni un adarme se le escapaba. Después de dejarse allí bastante dinero, tiraron para otro lado. Fueron á casa de Ranero para elegir algunas culebras del legítimo mazapán de Labrador, y aún tuvieron tela para una hora más. «Lo que la señora debía haber hecho hoy—dijo Estupiñá sofocado, y fingiéndose más sofocado de lo que estaba,—es traerse una lista de cosas, y así no se nos olvidaba nada.»

Volvieron á la casa á las diez y media, porque Barbarita quería enterarse de cómo había pasado su hijo la noche, y entonces fué cuando Jacinta reveló lo del *Pituso* á su mamá política, quedándose ésta tan sorprendida como poco entusiasmada, según antes se ha dicho. Sin cuidado ya con respecto á Juan, que estaba aquel día mucho mejor, doña Bárbara volvió á echar-

se á la calle con su escudero y canciller. Aún faltaban algunas cosillas, la mayor parte de ellas para regalar á deudos y amigos de la familia. Del pensamiento de la gran señora no se apartaba lo que su nuera le había dicho. ¿Qué casta de nieto era aquel? Porque la cosa era grave... ¡Un hijo del Delfín! ¿Sería verdad? Virgen Santísima, ¡qué novedad tan estupenda! ¡Un nietecito por detrás de la Iglesia! ¡Ah! las resultas de los devaneos de marras... Ella se lo temía... Pero, ¿y si todo era hechura de la imaginación exaltada de Jacinta y de su angelical corazón? Nada, nada: aquella misma noche, al acostarse, le había de contar todo á Baldomero.

Nuevas compras fueron realizadas en aquella segunda parte de la mañana, y cuando regresaban, cargados ambos de paquetes, Barbarita se detuvo en la plazuela de Santa Cruz, mirando con atención de compradora los nacimientos. Estupiñá se echaba á discurrir, y no comprendía por qué la señora examinaba con tanto interés los puestos, estando ya todos los chicos de la parentela de Santa Cruz *surtidos de aquel artículo*. Creció el asombro de Plácido cuando vió que la señora, después de tratar como en broma un portal de los más bonitos, lo compró. El respeto selló los labios del amigo, cuando ya se desplegaban para decir: «¿Y para quién es este Belén, señora?»

La confusión y curiosidad del anciano llega-

ron al colmo cuando Barbarita, al subir la escalera de la casa, le dijo con cierto misterio: «Dame esos paquetes y métete este armatoste debajo de la capa. Que no lo vea nadie cuando entremos.» ¿Qué significaban estos tapujos? ¡Introducir un Belén cual si fuera matute! Y como expertísimo contrabandista, hizo Plácido su alijo con admirable limpieza. La señora lo tomó de sus manos, y llevándolo á su alcoba con minuciosas precauciones para que de nadie fuera visto, lo escondió, bien cubierto con un pañuelo, en la tabla superior de su armario de luna.

Todo el resto del día estuvo la insigne dama muy atareada, y Estupiñá saliendo y entrando, pues cuando se creía que no faltaba nada, salíamos con que se había olvidado lo más importante. Llegada la noche, inquietó á Barbarita la tardanza de Jacinta, y cuando la vió entrar fatigadísima, el vestido mojado y toda hecha una lástima, se encerró un instante con ella, mientras se mudaba, y le dijo con severidad:

—Hija, pareces loca... Vaya por dónde te ha dado... por traerme nietos á casa... Esta tarde tuve la palabra en la boca para contarle á Baldomero tu calaverada; pero no me atreví... Ya debes suponer si la cosa me parece grave...

Era crueldad expresarse así, y debía mi señora doña Bárbara considerar que allá se iban compras con compras y manías con manías. Y

no paró aquí el réspice, pues á renglón seguido vino esta observación, que dejó helada á la infeliz Jacinta:

—Doy de barato que ese muñeco sea mi nieto. Pues bien: ¿no se te ocurre que el trasto de su madre puede reclamarlo y meternos en un pleitazo que nos vuelva locos?

—¿Cómo lo ha de reclamar si lo abandonó?— contestó la otra sofocada, queriendo aparentar un gran desprecio de las dificultades.

—Sí, fiáte de eso... Eres una inocente.

—Pues si lo reclama, no se lo daré— manifestó Jacinta con una resolución que tenía algo de fiereza.—Diré que es hijo mío, que le he parido yo, y que prueben lo contrario... A ver, que me lo prueben.

Exaltada y fuera de sí, Jacinta, que se estaba vistiendo á toda prisa, soltó la ropa para darse golpes en el pecho y en el vientre. Barbarita quiso pónerse seria, pero no pudo.

—No; tú eres la que tienes que probar que lo has parido... Pero no pienses locuras, y tranquilízate ahora, que mañana hablaremos.

—¡Ay, mamá!—dijo la nuera enterneciéndose.—¡Si usted le viera...!

Barbarita, que ya tenía la mano en el llamador de la puerta para marcharse, volvió junto á su nuera para decirle:

—¿Pero se parece?... ¿Estás segura de que se parece?...

—¿Quiere usted verlo? sí ó no.

—Bueno, hija, le echaremos un vistazo... No es que yo crea... Necesito pruebas; pero pruebas muy claritas... No me fio yo de un parecido que puede ser ilusorio, y mientras Juan no me saque de dudas, seguiré creyendo que adonde debe ir tu *Pituso* es á la Inclusa.

V

¡Excelente y alegre cena la de aquella noche en casa de los opulentos señores de Santa Cruz! Realmente no era cena, sino comida retrasada, pues no gustaba la familia de trasnochar, y por tanto, caía dentro de la jurisdicción de la vigilia más rigurosa. Los pavos y capones eran para los días siguientes, y aquella noche cuanto se sirvió en la mesa pertenecía á los reinos de Neptuno. Sólo se sirvió carne á Juan, que estaba ya mejor y pudo ir á la mesa. Fué verdadero festín de cardenales, con desmedida abundancia de peces, mariscos y de cuanto cría la mar, todo tan por lo fino y tan bien aderezado y servido que era una gloria. Veinticinco personas había en la mesa, siendo de notar que el conjunto de los convidados ofrecía perfecto muestrario de todas las clases sociales. La enredadera de que antes hablé había llevado allí sus vástagos más diversos. Estaba el marqués de

Casa-Muñoz, de la aristocracia monetaria, y un Alvarez de Toledo, hermano del duque de Gravelinas, de la aristocracia antigua, casado con una Trujillo. Resultaba no sé qué irónica armonía de la conjunción aquella de los dos nobles, oriundo el uno del gran Alba y el otro sucesor de D. Pascual Muñoz, dignísimo ferretero de la calle de Tintoreros. Por otro lado nos encontramos con Samaniego, que era casi un hortera, muy cerca de Ruiz-Ochoa, ó sea la alta banca. Villalonga representaba el Parlamento, Aparisi el Municipio, Joaquín Pez el Foro, y Federico Ruiz representaba muchas cosas á la vez: la Prensa, las Letras, la Filosofía, la Crítica musical, el Cuerpo de Bomberos, las Sociedades Económicas, la Arqueología y los Abonos químicos. Y Estupiñá, con su levita nueva de paño fino, ¿qué representaba? El comercio antiguo, sin duda, las tradiciones de la calle de Postas, el contrabando, quizás *la religión de nuestros mayores*, por ser hombre tan sinceramente piadoso. D. Manuel Moreno Isla no fué aquella noche; pero sí Arnáiz el gordo y Gumersindo Arnáiz, con sus tres pollas, Barbarita II, Andrea é Isabel; mas á sus tres hermanas eclipsaba Jacinta, que estaba guapísima, con un vestido muy sencillo de rayas negras y blancas sobre fondo encarnado. También Barbarita tenía buen ver. Desde su asiento al extremo de la mesa, Estupiñá la flechaba con sus miradas, siempre que

corrían de boca en boca los elogios de aquellos platos tan ricos y de la variedad inaudita de pescados. El gran Rossini, cuando no miraba á su ídolo, charlaba sin tregua y en voz baja con sus vecinos, volviendo inquietamente á un lado y otro su perfil de cotorra.

Nada ocurrió en la cena digno de contarse. Todo fué alegría sin nubes, y buen apetito sin ninguna desazón. El pícaro del Delfín hacía beber á Aparisi y á Ruiz para que se alegraran, porque uno y otro tenían un vino muy divertido, y al fin consiguió con el *Champagne* lo que con el Jerez no había conseguido. Aparisi, siempre que se ponía peneque, mostraba un entusiasmo exaltado por las glorias nacionales. Sus *jumeras* eran siempre una fuerte emersión de lágrimas patrióticas, porque todo lo decía llorando. Allí brindó por *los héroes de Trafalgar*, por *los héroes del Callao* y por otros muchos héroes marítimos; pero tan conmovido el hombre, y con los músculos olfatorios tan respingados, que se creería que Churruca y Méndez Núñez eran sus papás y que olían muy mal. A Ruiz también le daba por el patriotismo y por los héroes; pero inclinándose á lo terrestre y empleando un cierto tono de fiereza. Allí sacó á Tetuán y á Zaragoza, poniendo al extranjero como chupa de dómine, diciendo, en fin, que *nuestro porvenir está en Africa*, y que el Estrecho es un arroyo español. De repente levantóse

Estupiñá el grande, copá en mano, y no puede formarse idea de la expectación y solemnísimo silencio que precedieron á su breve discurso. Conmovido y casi llorando, aunque no estaba *ajumao*, brindó por la noble compañía, por los nobles señores de la casa y por... aquí una pausa de emoción y una cariñosa mirada á Jacinta... y porque la noble familia tuviera pronto sucesión, como él esperaba... y sospechaba... y creía.

Jacinta se puso muy colorada, y todos, todos los presentes, incluso el Delfín, celebraron mucho la gracia. Después hubo gran tertulia en el salón; pero poco después de las doce se habían retirado todos. Durmió Jacinta sin sosiego, y á la mañana siguiente, cuando su marido no había despertado aún, salió para ir á misa. Oyóla en San Ginés, y después fué á casa de Benigna, donde encontró escenas de desolación. Todos los sobrinitos estaban alborotados, inconsolables, y en cuanto la vieron entrar corrieron hacia ella pidiendo justicia. ¡Vaya con lo que había hecho Juanín!... ¡Ahí era nada en gracia de Dios! Empezó por arrancarles la cabeza á las figuras del nacimiento... y lo peor era que se reía al hacerlo, como si fuera una gracia. ¡Vaya una gracia! Era un sinvergüenza, un desalmado, un asesino. Así lo atestiguaban Isabel, Paquito y los demás, hablando confusa y atropelladamente, porque la indignación no les per-

mitía expresarse con claridad. Disputábanse la palabra y se cogían á la tiíta, empinándose sobre las puntas de los pies. Pero ¿dónde estaba el muy bribón? Jacinta vió aparecer su cara inteligente y secarrona. Cuando él la vió, quedóse algo turbado y se arrimó á la pared. Acercósele Jacinta, mostrándole severidad y conteniendo la risa... pidióle cuentas de sus horribles crímenes. ¡Arrancar la cabeza á las figuras!... Escondía el *Pituso* la cara muy avergonzado, y se metía el dedo en la nariz... La mamá adoptiva no había podido obtener de él una respuesta, y las acusaciones rayaban en frenesí. Se le echaban en cara los delitos más execrables, y se hacía burla de él y de sus hábitos groseros.

—Tiíta, ¿no sabes?—decía Ramona riendo.— Se come las cáscaras de naranja...

—¡Cochino!

Otra voz infantil atestiguó con la mayor solemnidad que había visto más. Aquella mañana, Juanín estaba en la cocina royendo cáscaras de patata. Esto sí que era marranada.

Jacinta besó al delincuente con gran estupefacción de los otros chicos.

—Pues tienes bonito el delantal. Juanín tenía el delantal como si hubieran estado fregando los suelos con él. Toda la ropa estaba igualmente sucia.

—Tiíta—le dijo Isabelita haciéndose la ofendida.—Si vieras... No hace más que arrastrarse

por los suelos y dar coces como los burros. Se va á la basura y coge los puñados de ceniza para echárnosla por la cara...

Entró Benigna, que venía de misa, y corroboró todas aquellas denuncias, aunque con tono indulgente.

—Hija, no he visto un salvaje igual. El pobrecito... bien se ve entre qué gentes se ha criado.

—Mejor... Así le domesticaremos.

—¡Qué palabrotas dice!... ¡Ramón se ha reído más...! No sabes la gracia que le hace su lengua de arriero. Anoche nos dió malos ratos, porque llamaba á su *Pae Pepe* y se acordaba de la pocilga en que ha vivido... ¡Pobrecito! Esta mañana se me orinó en la sala. Llegué yo y me le encontré con las enaguas levantadas... Gracias que no se le antojó hacerlo sobre el *puff*...; lo hizo en la coquera... He tenido que cerrar la sala, porque me destrozaba todo. ¿Has visto cómo ha puesto el nacimiento? A Ramón le hizo muchísima gracia... y salió á comprar más figuras; porque si no, ¿quién aguanta á esta patulea? No puedes figurarte la que se armó aquí anoche. Todos llorando en coro, y el otro cogiendo figuras y estrellándolas contra el suelo.

—¡Pobrecillo!—exclamó Jacinta prodigando caricias á su hijo adoptivo y á todos los demás, para evitar una tempestad de celos.—¿Pero no veis que él se ha criado de otra manera que vos-

otros? Ya irá aprendiendo á ser fino. ¿Verdad, hijo mío? (Juan decía que sí con la cabeza, y examinaba un pendiente de Jacinta)... Sí; pero no me arranques la oreja... Es preciso que todos seáis buenos amiguitos, y que os llevéis como hermanos. ¿Verdad, Juan, que tú no vuelves á romper las figuras?... ¿Verdad que no? Vaya, él es formal. Ramoncita, tú que eres la mayor, enléñale en vez de reñirle.

—Es muy fresco: también se quería comer una vela—dijo Ramoncita implacable.

—Las velas no se comen, no. Son para encenderlas... Veréis qué pronto aprende él todas las cosas... Si creeréis que no tiene talento.

—No hay medio de hacerle comer más que con las manos—apuntó Benigna riendo.

—Pero mujer, ¿cómo quieres que sepa?... Si en su vida ha visto él un tenedor... Pero ya aprenderá... ¿No observas lo listo que es?

Villuendas entró con las figuras.

—Vaya, á ver si éstas se salvan de la guillotina.

Mirábalas el *Pituso* sonriendo con malicia, y los demás niños se apoderaron de ellas, tomando todo género de precauciones para librarlas de las manos destructoras del salvaje, que no se apartaba de su madre adoptiva. El instinto, fuerte y precoz en las criaturas como en los animalitos, le impulsaba á pegarse á Jacinta y á no apartarse de ella mientras en la casa esta-

ba.. Era como un perrillo que prontamente distingue á su amo entre todas las personas que le rodean, y se adhiere á él y le mima y acaricia.

Creíase Jacinta madre, y sintiendo un placer indecible en sus entrañas, estaba dispuesta á amar á aquel pobre niño con toda su alma. Verdad que era hijo de otra. Pero esta idea, que se interponía entre su dicha y Juanín, iba perdiendo gradualmente su valor: ¿Qué le importaba que fuera hijo de otra? Esa otra quizás había muerto, y si vivía lo mismo daba, porque le había abandonado. Bastábale á Jacinta que fuera hijo de su marido para quererle ciegamente. ¿No quería Benigna á los hijos de la primera mujer de su marido como si fueran hijos suyos? Pues ella querría á Juanín como si le hubiera llevado en sus entrañas. ¡Y no había más que hablar! Olvido de todo, y nada de celos retrospectivos. En la excitación de su cariño, la dama acariciaba en su mente un plan algo atrevido. «Con ayuda de Guillermina—pensaba,—voy á hacer la pamema de que he sacado este niño de la Inclusa, para que en ningún tiempo me le puedan quitar. Ella lo arreglará, y se hará un documento en toda regla... Seremos falsarias y Dios bendecirá nuestro fraude.»

Le dió muchos besos, recomendándole que fuera bueno y no hiciese porquerías. Apenas se vió Juanín en el suelo, agarró el bastón de Vi-

lluendas y se fué derecho hacia el nacimiento en la actitud más alarmante. Villuendas se reía sin atajarle, gritando: «¡Adiós, mi dinero! ¡eh!... ¡socorro! ¡guardias...!»

Chillido unánime de espanto y desolación llenó la casa. Ramoncita pensaba seriamente en que debía llamarse á la Guardia civil.

—Pillo, ven acá; eso no se hace—gritó Jacinta corriendo á sujetarle.

Una cosa agradaba mucho á la joven. Juanín no obedecía á nadie más que á ella. Pero la obedecía á medias, mirándola con malicia, y suspendiendo su movimiento de ataque.

—Ya me conoce—pensaba ella.—Ya sabe que soy su mamá, que lo seré de veras... Ya, ya le educaré yo como es debido.

Lo más particular fué que cuando se despidió, el *Pituso* quería irse con ella. «Volveré, hijo de mi alma, volveré... ¿Veis cómo me quiere? ¿Lo veis?... Conque portarse bien todos, y no regañar. Al que sea malo, no le quiero yo...»

VI

No se le cocía el pan á Barbarita hasta no aplacar su curiosidad viendo aquella alhaja que su hija le había comprado: un nieto. Fuera éste apócrifo ó verdadero, la señora quería conocerle y examinarle; y en cuanto tuvo Juan com-

pañía, buscaron suegra y nuera un pretexto para salir, y se encaminaron á la morada de Benigna. Por el camino, Jacinta exploró otra vez el ánimo de su tía, esperando que se hubieran disipado sus prevenciones; pero vió con mucho disgusto que Barbarita continuaba tan severa y suspicaz como el día precedente. «A Baldomero le ha sabido esto muy mal. Dice que es preciso garantías... y, francamente, yo creo que has obrado muy de ligero...»

Cuando entró en la casa y vió al *Pituso*, la severidad, lejos de disminuir, parecía más acentuada. Contempló Barbarita sin decir palabra al que le presentaban como nieto, y después miró á su nuera, que estaba en ascuas, con un nudo muy fuerte en la garganta. Mas de repente, y cuando Jacinta se disponía á oír denegaciones categóricas, la abuela lanzó una fuerte exclamación de alegría, diciendo así:

—¡Hijo de mi alma!... ¡Amor mío! Ven, ven á mis brazos.

Y lo apretó contra sí tan enérgicamente, que el *Pituso* no pudo menos de protestar con un chillido.

—¡Hijo mío!... Corazón... gloria, ¡qué guapo eres!... Rico, tesoro; un beso á tu abuelita.

—¿Se parece?—preguntó Jacinta no pudiendo expresarse bien, porque se le caía la baba, como vulgarmente se dice.

—¡Que si se parece!—observó Barbarita tra-

gándole con los ojos.—Clavado, hija, clavado... ¿Pero qué duda tiene? Me parece que estoy mirando á Juan cuando tenía cuatro años.

Jacinta se echó á llorar.

—Y por lo que hace á esa fantasma...— agregó la señora examinando más las facciones del chico,—bien se le conoce en este espejo que es guapa... Es una perfección este niño.

Y vuelta á abrazarle y á darle besos.

—Pues nada, hija—añadió después con resolución,—á casa con él.

Jacinta no deseaba otra cosa. Pero Barbarita corrigió al instante su propia espontaneidad, diciendo:

—No... no nos precipitemos. Hay que hablar antes á tu marido. Esta noche sin falta se lo dices tú, y yo me encargo de volver á tantear á Baldomero... Si es clavado, pero clavado...

—¡Y usted que dudaba!

—Qué quieres... Era preciso dudar, porque estas cosas son muy delicadas. Pero la procesión me andaba por dentro. ¿Crearás que anoche he soñado con este muñeco? Ayer, sin saber lo que me hacía, compré un nacimiento. Lo compré maquinalmente, por efecto de un no sé qué... mi resabio de compras movido del pensamiento que me dominaba.

—Bien sabia yo que usted, cuando le viera...

—¡Dios mío! ¡Y las tiendas cerradas hoy!— exclamó Barbarita en tono de consternación.—

Si estuvieran abiertas, ahora mismo le compraba un vestidito de marinero con su gorra en que diga: *Numancia*. ¡Qué bien le estará! ¡Hijo de mi corazón, ven acá... No te me escapes; si te quiero mucho, si soy tu abuelita...! Me dicen estos tontainas que has roto el camello del rey negro. Bien, vida mía, bien roto está. Ya le compraré yo á mi niño una gruesa de camellos y de reyes negros, blancos y de todos colores.

Jacinta tenía ya celos. Pero consolábase de ellos viendo que Juanín no quería estar en el regazo de su abuela y se deslizaba de los brazos de ésta para buscar los de su mamá verdadera. En aquel punto de la escena que se describe, empezaron de nuevo las acusaciones y una serie de informes sobre los distintos actos de barbarie consumados por Juanín. Los cinco fiscales se enracimaban en torno á las dos damas, formulando cada cual su queja en los términos más difamatorios. ¡Válganos Dios, lo que había hecho! Había cogido una bota de Isabelita y tirádola dentro de la jofaina llena de agua para que nadase como un pato. «¡Ay, qué rico!», clamaba Barbarita comiéndosele á besos... Después se había quitado su propio calzado, porque era un marrano que gustaba de andar descalzo con las patas sobre el suelo. «¡Ay, qué rico!...» Quitóse también las medias y echó á correr detrás del gato, cogiéndolo por el rabo y dándole muchas vueltas... Por eso estaba tan

malhumorado el pobre animalito... Luego se había subido á la mesa del comedor para pegarle un palo á la lámpara... «¡Ay, qué rico!»

—¡Cuidado que es desgracia!—repitió la señora de Santa Cruz dando un gran suspiro; —¡las tiendas cerradas hoy!... Porque es preciso comprarle ropita, mucha ropita... Hay en casa de Sobrino unas medias de colores y unos trajecitos de punto, que son una preciosidad... Angel, ven, ven con tu abuelita... ¡Ah! ya conoce el muy pillo lo que has hecho por él, y no quiere estar con nadie más que contigo.

—Ya lo creo...—indicó Jacinta con orgullo.— Pero no; él es bueno, ¿sí?, y quiere también á su abuelita, ¿verdad?

Al retirarse, iban por la calle tan desatinadas la una como la otra. Lo dicho, dicho: aquella misma noche hablarían las dos á sus respectivos maridos.

Aquel día, que fué el 25, hubo gran comida, y Juanito se retiró temprano de la mesa muy fatigado y con dolor de cabeza. Su mujer no se atrevió á decirle nada, reservándose para el día siguiente. Tenía tan bien preparado todo el discurso, que confiaba en pronunciarlo entero sin el menor tropiezo y sin turbarse. El 26 por la mañana entró D. Baldomero en el cuarto de su hijo cuando éste se acababa de levantar, y ambos estuvieron allí encerrados como una media hora. Las dos damas esperaban ansiosas en el

gabinete el resultado de la conferencia, y las impresiones de Barbarita no tenían nada de lisonjeras: «Hija, Baldomero no se nos presenta muy favorable. Dice que es necesario probarlo... ya ves tú, probarlo; y que eso del parecido será ilusión nuestra... Veremos lo que dice Juan.»

Tan anhelantes estaban las dos, que se acercaron á la puerta de la alcoba por ver si pescaban alguna sílaba de lo que el padre y el hijo hablaban. Pero no se percibía nada. La conversación era sosegada, y á veces parecía que Juan se reía. Pero estaba de Dios que no pudieran salir de aquella cruel duda tan pronto como deseaban. Pareció que el mismo demonio lo hizo, porque en el momento de salir D. Baldomero del cuarto de su hijo, he aquí que se presentan en el despacho Villalonga y Federico Ruiz. El primero cayó sobre Santa Cruz para hablarle de los préstamos al Tesoro que hacía con dinero suyo y ajeno, ganándose el ciento por ciento en pocos meses, y el segundo se metió de rondón en el cuarto del Delfín. Jacinta no pudo hablar con éste; pero se sorprendió mucho de verle risueño, y de la mirada maliciosa y un tanto burlesca que su marido le echó.

Fueron todos á almorzar y el misterio continuaba. Cuenta Jacinta que nunca como en aquella ocasión sintió ganas de dar á una persona de bofetadas y machacarla contra el suelo. Hubie-